

La historia y la larga duración¹

Michel Vovelle²

Cuando en 1958 Fernand Braudel escribía su célebre artículo sobre “La larga duración”, el texto sonaba, en la tradición de los *Annales*, como una proclama o una profesión de fe. Los antecedentes históricos no eran en modo alguno numerosos, y si el autor podía apoyarse en su propia práctica, *El Mediterráneo en tiempos de Felipe II*,³ demostración ejemplar de la preocupación por la continuidad en el tiempo y en el espacio; si podía pensarse en el Marc Bloch de los *Caracteres originales de la historia rural francesa*, o en Ernest Labrousse y su *Esbozo del movimiento de salarios y de precios en el siglo XVIII*,⁴ los ejemplos notables podían contarse con los dedos, pese a la publicación ya en curso de Pierre Chaunu sobre *Sevilla*

1. Tomado de la obra de Jacques Le Goff, *La nouvelle histoire*. Paris, Éditions Complexe, 1988, reproducido en Luis M. de las Traviesas Moreno y Gladys Alonso González (Editores), *La Historia y el oficio de historiador Colectivo de autores franceses y cubanos*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1996, pp. 23-52.
2. Historiador y profesor francés de la Universidad La Sorbona, París I y director del Instituto de la Historia de la Revolución Francesa.
3. F. Braudel. *La Méditerranée et le Monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*. Paris, A. Colin, 1976.
4. E. Labrousse. *Esquisse du mouvement des salaires et des prix au XVIII^e siècle*. Paris, Dalloz, 1932.



y el Atlántico entre 1504 y 1650.⁵ En los años inmediatamente siguientes aparecían las monografías osadamente instaladas en el tiempo largo de un siglo o más –a las cuales se permitía asociar el *Beauvaisis* de P. Goubert (1960) y la *Provence* de R. Bachrel o de E. Baratier (1961)–, antes que los ejemplos se multiplicasen, a la vez que la noción misma de tiempo largo se hacía cada vez más glotona, al cubrir en E. Le Roy Ladurie cuatro siglos de la vida social total de los *campesinos* del Languedoc (siglos XIV al XVIII).

No significa en absoluto ceder al facilismo partir del ensayo de F. Braudel para preguntarse –20 años después– qué le sucedió al tiempo largo, anticipación de los años 60, triunfante, trivializada, a veces impugnada hoy (1978). No basta recordar que Fernand Braudel se batía en dos frentes: interior y exterior de la historia; combatía al menos en tres o cuatro. En el campo histórico, se afirmaba por referencia a un ayer para nosotros casi lejano: el de la historia historizante o circunstancial –la misma que habían atacado violentamente los primeros líderes de la escuela de los *Annales*–, y estigmatizaba el “acontecimiento explosivo, noticia resonante...cuyo humo excesivo llena la conciencia de los contemporáneos...”. Este acontecimiento, que en su última encarnación se convertirá para Braudel en el “tiempo corto”, “la más caprichosa y la más engañosa de las duraciones”, había dominado la historia política de los últimos 100 años; pero los nuevos éxitos de la historia *económica* que registraba Fernand Braudel con una mezcla de satisfacción no significaban por ello su fin. Sospechaba en el “recitativo de

5. P. Chaunu. *Séville et L'Atlantique entre 1504 et 1650*. Paris, SEVPEN, 1956-1960.



la coyuntura, del ciclo, el medio siglo de Kondratieff...”,⁶ los peligros del surgimiento de una nueva hecología, lugar de un “patetismo económico de corta duración”; es decir, medio indirecto de regresar a un “patetismo político de muy viejo estilo”, del cual el célebre esbozo de E. Labrousse, “Tres crisis, tres revoluciones”,⁷ le parecía la ilustración.

Estas referencias ayudan a situar mejor el artículo de F. Braudel en una coyuntura historiográfica precisa, y quizá sea lícito ver de manera retrospectiva en él, como lo hace P. Vilar, algún deseo de buscarle las cosquillas al auditorio. Pero la apertura presentada iría bastante más allá de un testimonio que estaría hoy históricamente fechado: al situar por igual su proyecto respecto a las demás ciencias humanas, anexionistas y en apariencia triunfantes, entonces Braudel toma para la historia una opción acerca del porvenir. Si para la antropología y la etnografía reserva la posibilidad de contactos reforzados, una vez disipados los malentendidos del momento, es de una severidad sin complacencia para el tiempo corto del *sociólogo*; y del programa que traza para la historia futura, bajo la insignia de la larga duración, emergen varias nociones clave que veremos retornar hoy como otros tantos *leit-motiv*.

En primer lugar, la de estructura, por entonces en vías de imponerse, y de la cual ya Philippe Ariès se había hecho

6. Kondratieff, economista americano de origen ruso, nacido en 1892, que publicó en 1925 una obra, *Business Economics*, en la que distinguía en la economía de los países industrializados del siglo XIX ciclos de 15 a 20 años. Ver G. Imbert. *Des mouvements de longue durée, Kondratieff*. Aix-en-Provence, La pensée universitaire, 1959.
7. E. Labrousse. “1848-1830-1789. Comment naissent les révolutions”. En *Actes du congrès historique du centenaire de la Révolution de 1848*. París X, PUF, 1948.



defensor en su ensayo *El tiempo de la historia*,⁸ la de *modelo*, tomada de las matemáticas cualitativas, ya operativa entre otras ciencias humanas... otros tantos medios, presentados con una mezcla de audacia y reserva, de aprehender mejor el tiempo o los tiempos propios de la historia. No se trata en absoluto de la casi intemporalidad de los *mitos* o de los datos elementales de un comportamiento humano, sino de la “medianamente” larga duración de una historia *social*, definida como inconsciente, en el sentido en que Marx escribe que “los hombres hacen la historia, pero ignoran que la hacen”. Para él, precisamente la historia inconsciente se sitúa en la larga duración, tras la corteza de acontecimientos demasiado legibles y fácilmente organizables en estructuras sucesivas, en que se interpenetran los elementos complementarios de un sistema. Historia socioeconómica: pero no ya la de los movimientos y rupturas hasta entonces dominantes, de las “civilizaciones económicas” en su constancia, cual “capas de historia lenta”, moviéndose en la “seminmovilidad” de un “tiempo detenido”. También –quizá sobre todo– historia cultural o de las *mentalidades*, definida como el campo privilegiado de estos estudios en el tiempo largo, pero concebida como la de las “inercias” y las “prisiones de larga duración”. Es un tema sobre el que convergen F. Braudel y E. Labrousse; Labrousse abriría en 1965 el coloquio de historia social de Saint-Cloud, incitando a los historiadores a estudiar el “tercer nivel”, la historia de las mentalidades, definida como la historia de las “resistencias al cambio”.⁹

8. P. Ariès. *Le Temps de l'histoire*. Monaco, Ed. Du Rocher, 1954.

9. “L'Histoire sociale, Sources et méthodes”. Coloquio de la ENS de Saint-Cloud, 15-16 de mayo de 1965. Paris, PUF, 1967.



Un instrumento que sigue siendo excepcional

A esta mezcla de imprudencias calculadas y de aperturas reservadas, debe la profesión de fe de F. Braudel si no el no haber envejecido, al menos seguir siendo un instrumento excepcional para apreciar el camino recorrido desde entonces. Algunos equívocos se han aclarado, algunos problemas se han decantado. La invasión estructuralista tuvo lugar y la historia no ha muerto por ello, en absoluto; es más, sin premeditación y muy frecuentemente sin previo acuerdo, los historiadores se lanzaron de manera masiva tras varias de las pistas que quedaban abiertas. La historia de la larga duración, tal y como pueden describirse sus canteras 20 años después, no es infiel al modelo trazado, aun si su movimiento la condujo a menudo a resultados imprevistos.

Algunos de los combates entonces evocados se han convertido para nosotros en algo pasado: para no volver sobre esto, puede decirse que la muerte de cierta historia historizante resulta hoy un hecho consumado. El “acontecimiento”, atacado violentamente por Braudel, ¿ha desaparecido por ello del campo histórico? Sí y no... sí, si se considera a qué nivel de descrédito ha llegado hoy –para una parte de la historiografía francesa, al menos– un acontecimiento masivo como la *Revolución*, ejemplo típico de la “incongruencia patética”. No, sin duda, pues los acontecimientos tienen la vida dura. Y para tomar nosotros mismos un argumento coyuntural y circunstancial, recordemos que bastó una pequeña ola, como la de mayo de 1968, para despertar toda una llamarada de asaltos al tiempo corto y no simplemente como respuesta a una moda del momento... Pero ésta no es la única razón.



Si algunos temas parecen conformarse sobre los frentes de hace 20 años, hay también algunas anticipaciones de ayer que quizá se han convertido en pasado. Parcialmente a partir de la *geohistoria*, F. Braudel –como otros líderes de los primeros *Annales*– quiso enraizar el regreso al tiempo largo; ello reflejaba una época de intercambios fecundos entre historia y geografía. ¡Lástima! Si la historia, como dijimos un tanto perentoriamente, goza de buena salud, no podría decirse lo mismo de la geografía. Pierre Chaunu –uno de los más calificados para hacerlo– subraya que los grandes arraigos en vastas personalidades étnicas o geográficas –Mediterráneo o Atlántico– se han reducido desde entonces a las dimensiones más cómodas de una monografía regional.¹⁰ La *investigación* de larga duración no necesita de manera imperativa de contextos muy amplios: en último caso, el Mediterráneo se reduce a las fronteras de Montaillou, en cuyo título la *Occitanie* testimonia una de esas extrapolaciones que deleitan a los editores... sin perder por ello su valor demostrativo. Con estos y otros matices, no podría negarse que globalmente se ha seguido la tendencia anunciada; y a un primer nivel puramente descriptivo puede comenzarse, haciendo balance de la victoria del tiempo largo.

La victoria del tiempo largo: modificación del campo histórico

Esta victoria se debe sin duda a varias causas esenciales que me veo tentado a sintetizar siguiendo dos direcciones: la modificación del campo histórico en primer lugar, la de los métodos y técnicas de acercamiento a continuación: dos elementos por demás íntimamente vinculados.

10. P. Chaunu. “L’histoire géographique”. En *Revue de l’enseignement supérieur*, 1969, Nos. 44-45, pp. 66-67.



¿Modificación del campo histórico? Ello me recuerda hace casi 10 años (en 1970) una entrevista con Emmanuel Le Roy Ladurie en la época en que yo terminaba mi búsqueda sobre “Piedad barroca y descristianización en Provenza en el siglo XVIII”:¹¹ hablamos de ese tercer nivel –que de modo clásico califico de superestructuras *ideológicas*– y del movimiento que llevó a todo un sector de la escuela de historiadores sociales franceses, como decíamos nosotros, “del sótano a la buhardilla”, de la economía a las mentalidades. Y E. Le Roy Ladurie afirmaba que, por su parte, él se quedaba “en el sótano”... ¿Recordará hoy que Montaignou demostró con brío su dominio del conjunto del edificio, del sótano a la buhardilla, de la estructura de un terruño a las formas más complejas de la mentalidad colectiva de una aldea?

Del sótano a la buhardilla

Del sótano a la buhardilla: tal podría ser el tema del rápido examen que puede proponerse en la perspectiva precisa del tiempo largo. El tiempo de las historias que para simplificar llamaremos “clásicas”, se ha modificado: la historia política misma, en más de un punto, abandona la trama de los acontecimientos para formular problemas que sólo se conciben en la duración, en esencia el del Estado, estructura abarcadora que no se confunde con las realidades académicas que analizaba la antigua historia de las instituciones, catálogo fijado en sus categorías. La mutación resulta aún más sensible en una historia *religiosa* que sufre cada vez más la presión –o la incitación– conjugada de la sociología religiosa y de la historia de las

11. M. Vovelle. *Piété baroque et Déchristianisation en Provence au XVIII^e siècle*. París, Le Seuil, 1978.



mentalidades: ya no se escriben tesis bajo el título “la Bula Unigenitus en las diócesis de...”. En la muy larga duración plurisecular, los investigadores se interesan hoy, por ejemplo, en la religión popular, en las herencias animistas precristianas que impregnan de modo tan duradero la religiosidad, del Medioevo hasta la era moderna, con formas de religión popular cristianizada que se imponen, de los siglos XII al XIII, hasta el triunfo de la reconquista católica en la edad clásica. Tras haber creído en un estado de “cristiandad” en Francia en vísperas de la Revolución, surge la duda con J. Delaumeau (retomado una interrogante de G. Le Bras), de si toda una parte de la Francia rural estuvo profundamente cristianizada alguna vez. Nada de esto puede percibirse más que en estudios deliberadamente largos, en el correr de los siglos.

El ejemplo de la historia económica

La historia económica, antaño “locomotora” metodológica y que no ha decaído en absoluto, manifiesta de modo más explícito la modificación más profunda de una óptica. Ella adquirió su título de nobleza como historia del movimiento y de la coyuntura: la escuela francesa, de F. Simiand a E. Labrouse, hizo admitir como verdad, desde entonces vulgarizada, la interrelación de los tres tiempos del economista: el tiempo corto del *ciclo* decenal, con su paroxismo convulsivo de la crisis –sobre un año; es decir, una de las estaciones–; el tiempo medio del interciclo; el tiempo largo, aunque progresivamente más corto desde el Medioevo a nuestros días, del movimiento de larga duración secular –las tradicionales fases A y B de Simiand–. Esta dialéctica de los tiempos de la historia económica halló su perfección y su clímax con la historia de los *precios*, tal como se ha constituido a partir de las grandes



series explotadas –mercuriales¹² de los precios del grano o de los *fabricats* –, primeros grandes triunfos de una historia *cuantitativa*, que no se distinguían aún de la historia *seriada*. Si se intenta resumir, con la inevitable caricatura que ello supone, es fácil recordar los cambios materializados tras 20 años y que modificaron este perfil: cierta econometría cuantitativa, siguiendo el ejemplo de la *New Economic History*, se separó como tendencia de la historia económica, para desde sus propias premisas continuar prolongando en lo muy *contemporáneo* sus especulaciones acerca de la coyuntura. En el campo histórico, la historia económica, sin renegar de los procedimientos establecidos, salió del dominio de la historia de los precios que destacaba la ruptura, el accidente coyuntural, la crisis. Al volverse en la medida de lo posible hacia una historia de la producción y del *crecimiento*, opera por fuerza en una duración más vasta, aunque sólo fuese porque series más masivas, menos finitas, a menudo discontinuas, acentúan la transición de una búsqueda que se pretendía cuantitativa respecto a una historia seriada.¹³ Este viraje no ocurrió fácilmente ni sin algún rechinar de dientes. Si a veces resulta hoy de buen tono evocar con una sonrisa a los pacientes investigadores de ayer, que pasaron trabajo para establecer la relación entre las curvas de fecundidad –retrasadas nueve meses respecto a los nacimientos– y las curvas del precio del grano, establecidas al año de la cosecha, debe también recordarse al precio de cuántas dificultades e

12. *Mercuriales*: listas oficiales semanales de los precios corrientes de los productos vendidos en un mercado público.
13. Sobre esos mecanismos y técnicas de historia económica, además de los artículos de este diccionario. M. Gillet. *Techniques de l'histoire économique*, 2 fasc. Paris, CDU., 1962 y J. Bouvier. *Initiation au vocabulaire et aux mécanismes économiques contemporains (XIXe-XXe siècles)*. Paris, SEDES, 1969.



incomprensiones las ideas más nuevas, avanzadas con alguna agresividad por R. Baehrel¹⁴ –sustituir la historia de los precios por la del crecimiento y la producción–, se labraron su camino. Hoy el asunto es de conocimiento general, las novedades se han digerido y con el paso del tiempo las oposiciones se atenúan. También deben destacarse como ejemplos de un nuevo quehacer los trabajos que se inscriben voluntariamente en el tiempo muy largo de la respiración secular de un territorio, asociando tanto la geografía histórica en la tradición braudeliana, el movimiento de los hombres y de sus asentamientos como sus relaciones sociales y sus producciones: en este aspecto, los *campesinos* del Languedoc estudiados por E. Le Roy Ladurie ofrecen una demostración de primer orden.

Le Roy Ladurie se remonta hasta el corazón del Medioevo, a la vuelta del siglo XIV, en una provincia que permanece dominada por la economía agrícola: este doble enraizamiento explica sin duda el surgimiento de un mundo, *grosso modo* al menos “inmóvil” en el balance de su economía en una duración muy larga. Pero la monografía puntual, ejemplar, como se ha vuelto a poner de moda bajo la nueva forma de acercamiento total a un microcosmos pueblerino, se presta igualmente a esta demostración: se dirá de Montaillou, otro experimento innovador del mismo autor –una aldea “occitana” examinada minuciosamente en los primeros decenios del siglo XIV, a partir del documentos privilegiado de las visitas de un inquisidor–, que apenas sirve a nuestra causa, al seguir siendo un relámpago puntual en el tiempo; pero desde esta óptica puede pensarse en la “aldea inmóvil” que G. Bouchard descubrió en Sologne (¡y que no es en absoluto una curiosidad!), donde desbrozó hasta

14. R. Baehrel. *Une croissance: la Basse-Provence depuis la fin du xv^e siècle jusqu'a la veille de la Révolution*. París, SEVPEN, 1961.



la época clásica en el monolitismo de sus estructuras antiguas.¹⁵ En esta economía que ya E. Labrousse nos había enseñado a llamar de “estilo antiguo” y que perdura sin cambios notables hasta la primera mitad del siglo XVIII, se comprende cómo puede nacer, afirmado de manera provocadora por E. Le Roy Ladurie, el modelo de una “historia inmóvil”¹⁶ sobre cuatro siglos (XIV-XVIII) al menos: un modelo que por demás no se limita al campo económico, sino que asocia los diferentes niveles de una historia totalizadora en una estructura global.

Del hábitat a la estatura de los hombres: la historia de las evoluciones muy lentas

Pero antes de tomar en cuenta este aspecto, que merecerá especial atención, hace falta sin duda en este examen estar atento a los nuevos senderos abiertos en la historia material de los hombres o de sus condiciones de vida: a la historia económica clásica se yuxtapone el interés dedicado a los aspectos estables de la civilización material. Ése es el caso, para no multiplicar los ejemplos, del hábitat, de la vivienda, seguido en Normandía o en París por P. Chaunu y su equipo en sus incursiones en el tiempo muy largo.¹⁷ Esta historia no es la de una inercia: los medievalistas de Polonia, Inglaterra o Italia nos enseñaron a seguir sobre el terreno las fases de larga duración con sus altas y sus bajas, a seguir la respiración larga

15. G. Bouchard. *Le Village immobile: Semmely en Sologne au XVIII^e siècle*. París, Plon, 1972.
16. E. Le Roy Ladurie. “*L’histoire immobile*” (Lección inaugural en el Collège de France, 30 de noviembre de 1973). En *Le Territoire de l’historien*, T. II. París, Gallimard, 1978.
17. J. P. Bardet, P. Chaunu, G. Désert, P. Gouhier y H. Neveux. *Le Bâiment. Enquête d’histoire économique (XVI^e-XIX^e siècles)*. Paris-La Haya, Mouton, 1971.



del hábitat rural, tal y como se inscribe en la *arqueología* de las aldeas abandonadas.¹⁸

Esta historia de las muy lentas evoluciones de la civilización material, puede convertirse en historia de una humanidad abordada desde sus rasgos biológicos y antropológicos. Aquí, una vez más, Le Roy Ladurie predicó con el ejemplo con su antropología del recluta francés, establecida a partir de los expedientes de reclutamiento en el siglo XIX.¹⁹ Sin embargo, los procedimientos sofisticados (como el estudio de los grupos sanguíneos en algunas ciudades-sitios privilegiados), se prestan para establecer esta historia paradójica, a la vez humana y que escapa a la volición de la humanidad, al menos en un primer intento.

En esta vía, no hay razón para detenerse. Las historias no humanas, entiéndase por ello la de los hechos físicos, de orden biológico o geológico, constituyen uno de los grandes logros de un período reciente, aun cuando se les pueda encontrar precedentes: la historia de las enfermedades, en su aparición, regresión y eliminación; en sus mutaciones, pero también en su relación en el seno de un ecosistema, es un de esas ramas en vías de constitución. Se ha comenzado a decir la historia de los mismos; y sobre todo –gracias, una vez más, a Le Roy Ladurie–, la historia del clima –tal como él la resume desde el año 1000, a partir de huellas tan diversas como la fecha de

18. *Villages désertés et histoire économique*. París, SEVPEN, 1965.

19. J. P. Aon, P. Dumont, E. L. R. Ladurie. *Anthropologie du conscrit français d'après les comptes numériques et sommaires du recrutement de l'armée (1829-1836)*. Paris-La Haya, Mouton, 1972; E. L. R. Ladurie (con la colaboración de P. Dumont y M. Demonet). "*Anthropologie de la jeunesse masculine en France (1819-1830)*". En *Annales E. S. C.*, 1976. Retomado en *Le Territoire de l'historien*, T. II. París, Gallimard, 1978.



proclamación del inicio de la vendimia, el avance o retroceso de los glaciares o de los anillos de los árboles— se ha convertido plenamente en una disciplina: mucho más que un anexo o una curiosidad marginal, aun si no revela en verdad el secreto último de los movimientos de larga duración de la prosperidad o de la decadencia agrícola.²⁰ Con esta historia, se establece otro tiempo que no es el de los hombres, no porque carezcan de influencia sobre esas condiciones físicas o biológicas que tienen que afrontar: a partir de la revolución pastoral, la eco-historia de las enfermedades está en buena medida bajo su control. Pero los ritmos se esbozan, específicos, y en lo esencial escapan al tiempo humano que, sin embargo, contribuyen a conformar.

Del movimiento social a las estructuras sociales

En el campo de la historia social, el estudio de las estructuras —sistemas de larga duración según la lectura que de ellas dan los historiadores— constituye uno de los grandes logros de los últimos decenios. No se trata de escoger o realizar un arbitraje entre la dialéctica esencial del enfoque de las estructuras y el de la dinámica social, haciendo dominar una u otra dirección. La historia social actual comenzó como historia del “movimiento social”, y especialmente obrero, término un poco envejecido hoy. De una historia del movimiento obrero en los siglos XIX y XX que goza de buena salud se pasó, por un procedimiento regresivo que iniciaron algunas obras pioneras,²¹ al descubrimiento de las revueltas —*jacqueries*,

20. E. Le Roy Ladurie. *L'Histoire du climat depuis l'an mil*. París, Flammarion, 1967.
21. E. Hobsbawm. *The primitive Rebels*. Manchester, 1959. Traducción francesa: *Les Primitifs de la révolte dans L'Europe moderne*. París, Fayard, 1966. Con un prefacio de J. Le Goff.



emociones, algunos hablarán significativamente de “furores”—de las sociedades anteriores a la Revolución Industrial. En este campo, donde la inversión ideológica resulta más evidente, el enfrentamiento entre varias lecturas es más vivo, para expresar lo que se me permitirá llamar las formas de la lucha de clases en la sociedad precapitalista: prueba de ello fue la controversia que opuso a R. Mousnier y a B. Porschnev en la interpretación de las revueltas populares del primer siglo XVII francés.²² Muchos sienten la fuerte tentación de hacer de esas explosiones populares sin perspectivas una casi-constante en el contexto de una sociedad en su conjunto inmóvil, en la cual harían destacar y repercutir a nivel social el empuje convulsivo de la crisis de estilo antiguo; pero portadoras forzosamente de una ideología del pasado, cuya continuidad se ha querido ver desde la Francia de la Liga hasta la de la Revolución Francesa.²³

En el camino de la historia de las mentalidades

En esta lectura, el estudio de la dinámica social —al menos a nivel de masas—, por importante que sea en algunos trabajos (recuérdese una vez más Los campesinos de Languedoc), cede el paso al estudio de las estructuras. En verdad se trata de estructuras de larga duración, analizadas por los historiadores que siguieron desde los años 60 el programa que había presentado en 1955 Ernest Labrousse en el congreso de Ciencias Históricas de Roma, bajo el título *Vías nuevas hacia una historia*

22. B. Porschnev. *Les Soulevements populaires en France au XVIII^e siècle*. Edición rusa, 1948. Traducción francesa. París, SEVPEN, 1963. Traducción abreviada, 1972; R. Mousnier. *Fureurs paysannes, les paysans dans les révoltes du XVII^e siècle* (France, Russie, Chine). París, Calmann-Lévy, 1967.
23. F. Furet y D. Richet. *La Révolution Française*, Vol. 2. París, Hachette, 1965.



de las burguesías occidentales. La historia de las estructuras sociales no “se inventó” aquí: ya estaba bien presente en el mundo rural –apoyada en toda una sólida tradición nacida en la época heroica de los Lutchisky, hacia 1900, afirmada en los años 30 por la tesis de G. Lefebvre acerca de “Los campesinos del Norte bajo la Revolución Francesa”, corriendo después sin perderse de una monografía a otra (de Roupnel²⁴ a Saint-Jacob sobre Borgoña) hasta las grandes síntesis modernas que renovaron el estilo (Pierre Goubert y Maurice Agulhon²⁵). En el campo de las sociedades urbanas, abandonadas hasta entonces en parte por su complejidad, la revolución labroussiana de los años 60 se hizo sentir más netamente. Para evitar –un poco injustamente– multiplicar los ejemplos, piénsese en el rango de los grandes retratos urbanos esbozados sobre un siglo o más; en la fisonomía de Lyon en el siglo XVIII, evocada por M. Garden,²⁶ y en la de Amiens en el siglo XVII, que debemos a P. Deyon.²⁷

Historia de las estructuras sociales, urbanas o rurales: *nueva historia de la larga duración* y, hasta la fecha reciente, de las constantes que desafían la movilidad de la historia oficial.

24. G. Roupnel. *La Ville et la Campagne au XVII^e siècle. Étude sur la population du pays dijonnais*. 1922. Nueva edición. París, A. Colin, 1955.
25. P. Goubert. *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730*. París, SEVPEN, 1960. Ed. Abreviada; *Cent mille provinciaux au XVIII^e siècle*. París, Flammarion, 1968; M. Agulhon. *Vie sociale en Provence intérieure au lendemain de la Révolution*. París, Société des études robespierristes (depósito: Clavreuil), 1971.
26. M. Garden. *Lyon et les Lyonnais au XVIII^e siècle*. París, Les Belles Lettres, 1970.
27. P. Deyon. *Amiens, capitale provinciale, étude sur la société urbaine au XVII^e siècle*. París-La Haya, Mouton, 1967.



Pero también me parece que una de las mutaciones recientes que han contribuido de manera más directa a atraer la nueva historia social hacia el tiempo largo, es, sin duda, el camino que la ha llevado, cada vez más netamente, hacia la historia de las *mentalidades*.

Las mentalidades, campo privilegio de la larga duración

Como historiador de las mentalidades, soy –asumiendo mis responsabilidades– de quienes consideran que este campo, lejos de contraponerse a la historia social, no es más que su expresión más aguda, su resultado final: nivel en que las pertenencias se inscriben en actitudes y representaciones colectivas. Ciertamente que sobre la base de fuertes presunciones, ese tercer nivel ha podido estimarse el de las “prisiones de la larga duración” (Braudel) o de las “resistencias” (Labrousse); y se han interrogado acerca de la “fuerza de inercia” de las estructuras mentales. En un primer acercamiento, parece que estas aventuras sólo pueden tratarse en la amplitud de las duraciones seculares en las cuales se despliegan: al menos para una historiografía que parece haber olvidado que una de las obras maestras en la prehistoria de lo que puede llamarse la historia de las mentalidades antes de ser tal, fue *El gran miedo* de G. Lefebvre, reconstitución casi policial de una ola de pánico que atravesó la Francia rural e, indirectamente, echó abajo el antiguo régimen agrario en menos de tres semanas. Pero de seguro que tanto la historia de las *culturas* como la de las actitudes colectivas, hicieron sus incursiones más luminosas en el tiempo largo de la sociedad tradicional de Antiguo Régimen. En el *corpus* de la muy larga duración de los pequeños libritos azules de la biblioteca de Troyes –retomados *ne varietur* durante siglos–, Robert Mandrou pudo desprender los rasgos de la cultura popular de la Francia



del siglo XVIII muy ampliamente elaborada.²⁸ La aventura de esta *literatura* de pacotilla se despliega con cambios a veces ínfimos, desde el alba de la edad moderna hasta su muerte a mediados del siglo XIX. En verdad, en ese primer nivel de la historia de las mentalidades –el de la historia de las culturas– no podrían esquivarse algunas cuestiones previas. Como –simplificando– la de un tiempo desdoblado, la de las culturas populares, campo de la inercia de las tradiciones..., la de las culturas “de élite”, como suele decirse, asiento de la innovación y las provocaciones... Cultura popular, cultura de élite: otra dialéctica mayor, tema de interrogaciones actuales.

Sin duda, las cosas resultan menos simples de lo que pudo creerse. Para ilustrar las “prisiones de larga duración” de lo mental colectivo, F. Braudel –hace ya 20 años–, se apoyaba en la demostración explosiva que había dado Lucien Febvre en su *Religión de Rabelais: el problema de la incredulidad en el siglo XVI*, que le proporcionaba la imagen misma de una “estructura” totalizadora, visión del mundo articulada a todos los niveles, medio de exorcizar las lecturas anacrónicas de la historia positiva. No, respondía Lucien Febvre a Abel Lefranc, Rabelais no pudo ser el librepensador que usted imagina, en un mundo en el cual la religión forma la trama de la vida colectiva.²⁹ Esta lectura totalizadora (no osamos decir totalitaria) de una estructura mental, ¿podría defenderse todavía hoy, cuando el ensayo de Lucien Febvre, por un justo reordenamiento de las cosas, parece tan históricamente fechado? Quien ha descubierto a Rabelais, portavoz de una cultura popular aún bien viva, a

28. R. Mandrou. *De la culture populaire aux XVII^e et XVIII^e siècles: La Bibliothèque bleue de Troyes*. París, Stock, 1964; nueva edición, 1975.

29. L. Febvre. *Le Problème de l'incroyance au XVI^e siècle: la religion de Rabelais*. París, Albin Michel, 1962.



través de la obra de M. Bajtin,³⁰ como mediante los ensayos de C. Ginzburg³¹ o de N. Davis,³² que presentan un siglo XVI recorrido por tensiones, conflictos y contradicciones, por un intercambio dialéctico todavía vivo –y no en un sentido único– entre cultura popular y cultura de élite, no puede aceptar sin reservas la estructura empobrecedora de un Lucien Febvre quien sólo había visto más que un lado de las cosas.

La historia de las evoluciones no percibidas por los hombres

Si se pasa de la historia, del pensamiento claro, o de las culturas a los nuevos senderos de la historia de las mentalidades, que se abren paso en el campo de las actitudes, de los comportamientos y de lo que algunos llaman el “inconsciente colectivo” (Philippe Ariès), resulta que el tiempo largo se impone sin discusión.

Aquí no hay en absoluto tormentas, rupturas, y ni siquiera puede hablarse con propiedad de acontecimientos en el sentido tradicional; nada de eso encontramos en la historia de la *familia*, del amor, de la pareja, de las actitudes respecto al niño, de la *sociabilidad* colectiva o de la *muerte*, para citar, casi desordenadamente, los nuevos senderos abiertos. Philippe Ariès –uno de los descubridores de esta historia, tanto en lo referente al niño y a la familia como a la muerte– lo afirma

30. M. Bajtin. *L'Oeuvre de François Rabelais et la Culture populaire du Moyen Age et sous la Renaissance*. Traducción francesa. París, Gallimard, 1970.
31. C. Ginzburg. *I Benandanti, Stregoneria e culti agrari in Cinquecento e Seicento*. Turin, 1966; *Il formaggio e i vermi, Il cosmo di un mugnaio*. Turin, 1976.
32. N. Z. Davis. *Society and Culture in Early Modern France*. Stanford, 1975.



con fuerza, él que se dedica a esas evoluciones secretas en la muy larga duración, inconscientes también al no ser percibidas por los hombres que las viven. La imagen que nos entrega, sobre todo en su reciente historia de la muerte, no es la de una historia “inmóvil” (aunque haya guardado un lugar para una historia sustrato, “acrónica”, que resultarían sin duda la de las sociedades tradicionales...), sino de amplios lienzos de historia, sucesión de estructuras o de modelos de comportamiento que, más que sucederse, se montan una sobre otra y se imbrican como las tejas de un techo: de la muerte “domesticada”, acrónica, que puede ser tanto la de Iván Ilich como la del digno Rolando, hasta una primera toma de conciencia del “escándalo” de la muerte individual, del Medioevo a la edad clásica; hasta su transferencia sobre la muerte del otro —el objeto amado— en la edad romántica, en espera del tabú sobre la muerte en la época contemporánea. En esos grandes lienzos de historia, las mutaciones insensibles dominan ampliamente sobre lo que se ve (lo macabro a fines del Medioevo, ¿un epifenómeno?) o sobre los giros perceptibles (el final del siglo XVIII) en que ocurría el tránsito de una estructura a otra.³³

Aunque representa una de las tentativas más sistemáticas y seductoras de la época actual, la reconstrucción que propone Ariès a partir de las actitudes frente a la muerte o el niño no está aislada: los historiadores de la familia, otro tema predilecto de las búsquedas actuales (pero la familia, el niño o la muerte, ¿no son distintos rostros de una misma aventura?), nos hablan igualmente de ese modelo de larga duración, ese *European Pattern* que se habría establecido en Europa occidental a fines del siglo XVI para cubrir toda la edad clásica, hasta el fin del XVIII, caracterizado por el surgimiento de la familia nuclear, el

33. P. Ariès. *L'Homme devant la mort*. Paris, Le Seuil, 1977.



matrimonio tardío, una forma de malthusianismo espontáneo... antes de Malthus. Una historia como ésta, ¿puede tolerar “revoluciones”? La larga discusión acerca de los orígenes de la anticoncepción en el siglo XVIII, que repercute sobre la controvertida noción de esta *Sexual Revolution* que E. Shorter sitúa entonces, conduce a formular un problema que habrá de retomarse.

No me corresponde entablar la guerra contra esta historia de los lentos movimientos de la mentalidad colectiva: ¿acaso yo mismo –modestamente– no he predicado con el ejemplo, dedicándome a seguir, a partir de una fuente iconográfica privilegiada (los altares de la almas del purgatorio en el Mediodía francés), las mutaciones de la representación del más allá, el surgimiento de las representaciones del purgatorio en el siglo XV hasta su desaparición, a inicios del XX? Se trata de una aventura que sólo puede emprenderse a partir de un análisis de muy larga duración.³⁴ Este ejemplo investigativo está lejos hoy de ser un caso aislado, pero invita quizás a cuestionarse el triunfo actual del tiempo largo en otra perspectiva. Hasta ahora, hemos hablado de la consecuencia de la extensión del campo de investigación y de la prospección de nuevos territorios, en los cuales las normas tradicionales de medir el tiempo histórico resultan inadecuadas: aunque esta explicación es fundamental, no deja por ello de exigir profundización.

La explicación técnica: una nueva exposición de las fuentes

Esta modificación del tiempo o de los tiempos de la historia ¿no constituiría, cuando más, el producto de un cambio en

34. G. y M. Vovelle. *Vision de la mort et de l'au-delà en Provence d'après les autels des âmes du purgatoire, XV^e-XX^e siècles*. Paris, A. Colin, 1970.



la noción misma de fuente histórica? Sin que sea necesario recordar que cada época se da a sí misma las fuentes que responden a sus necesidades, esta cuestión preliminar no puede descartarse sin examen: ello permite, en todo caso –tras haber barrido el campo de las diferentes historias–, apreciar de manera más sintética a qué nivel se sitúa el cambio.

Podría decirse, de manera ingenua, que el surgimiento de la larga duración es a la vez fruto del descubrimiento y de la experimentación de nuevas fuentes, y el rescate de las dificultades halladas en la prospección de campos en los cuales el silencio de los documentos obliga a una cronología más amplia: dos afirmaciones, una optimista, la otra menos; contradictorias sólo en apariencia.

Ciertamente, en la primera vía, disponemos hoy de series de muy larga duración con las cuales no habría podido soñarse hace poco tiempo: por fastidioso que pueda resultar, sigue siendo admirable proseguir con P. Laslett la curva continua que abarca más de cuatro siglos –de 1550 a nuestros días– de ilegitimidad en Inglaterra: un indicador que no tiene nada de anecdótico de las actitudes familiares.³⁵ Y hablando de otra cosa, las curvas de las variaciones climáticas, ya más habituales, tanto las de la *demografía* como las de los precios o la producción, nos enfrentan a un abanico de curvas que tocan los aspectos más variados de la aventura humana.

En el origen de esta revolución se inscriben, sin duda, el surgimiento de nuevas fuentes de lo cotidiano, de lo banal, de lo concerniente a la vida de las masas anónimas en su continuidad. Las mercuriales de los precios del grano y las series del antiguo estado civil –bautizos, matrimonios, entierros–,

35. P. Laslett. *Un monde que nous avons perdu*. Traducción francesa. París, Flammarion, 1969.



fueron las primeras explotadas y proporcionaron los principios y algo así como la filosofía de la historia seriada de hoy. Pero la inmersión en el pasado continuaba limitada por cuestiones técnicas: salvo notables excepciones, el siglo XVI representaba una frontera más allá de la cual era casi imposible remontarse en la mayoría de los campos; el XVII representaba otra, que introducía de manera paulatina a la modernidad, entre ese primer tercio a partir del cual los registros parroquiales resultan generalmente confiables por doquier, y el primer tercio del siglo XIX, que ve generalizarse el procedimiento estadístico en los ámbitos más variados. A partir de esas fuentes, ocurrió un esfuerzo a la vez de sofisticación y de vulgarización. Los frentes pioneros de la historia social descubrieron nuevas series de muy larga duración: así, la valorización de la fuente notarial en la profusión de sus aportes –contratos, testamentos, inventarios – me parece uno de esos procedimientos que no resultan evidentes por sí mismos, aunque ha contribuido al máximo para abolir las fronteras tradicionales: del siglo XI al XII, al menos desde el XIV, cuando la práctica social conoce su primera difusión, hasta fines del siglo XVIII y, por qué no, hasta la época contemporánea, el testamento, por ejemplo, proporciona un soporte formal homogéneo para el estudio de los comportamientos sociales y mentales ante la muerte. Entre el historiador de la modernidad y el medievalista ha caído una obstinada barrera de incompreensión: ambos tienen la impresión, y mucho más que la impresión, de abordar un mismo objeto.

Ya lo escrito no es el único documento histórico

Este descubrimiento de nuevas fuentes escritas organizables en series en la muy larga duración, fruto de la valoración de masas durmientes de documentos anónimos, antaño insignificantes, es a la vez esencial y limitado. Podrían darse



muchos ejemplos: el documento fiscal permite, hasta en el corazón del Medioevo, sustituir a veces la ausencia de un estado civil antiguo (desde el censo de los hogares hasta los catastros –véase en Provenza o en Italia–), así como los archivos judiciales “triviales” de las jurisdicciones laicas o eclesiásticas posibilitarán trazar, de modo regresivo, la larga curva de la dialéctica entre represión y oposición. Pero los límites existen, y se les conoce bien: la valoración en todos sus aspectos del documento ayer considerado insignificante, se detiene en el momento en que ya no hay documentos escritos.

El relevo queda asegurado por esas fuentes diferentes, cuya naturaleza misma impone una lectura más amplia: lo escrito pierde su privilegio, a la vez que adquiere un papel protagónico la *arqueología* o el documento iconográfico; es decir, la encuesta oral en el ámbito de una etnología histórica. Toda una parte de los senderos actuales, desde la civilización material hasta los diferentes campos de la cultura o de las mentalidades populares, se inscriben como una tentativa obstinada por vencer el silencio de las fuentes, a partir de medios estimados antaño “desviados”. La arqueología de la casa o del hábitat introduce a la civilización material; las series iconográficas, a la historia de las mentalidades. El inventario y luego el análisis del mobiliario religioso dentro del espacio sagrado de la iglesia o más ampliamente de la parroquia, constituyen así, desde el Medioevo hasta la época moderna y contemporánea, un soporte para el examen de los rostros sucesivos de la religión popular.

El inventario de los exvotos, un documento rico en informaciones

Sin querer multiplicar los ejemplos escojamos, si se nos permite, el de los exvotos, actualmente en vías de inventario



en todo el espacio francés...y en otros lugares.³⁶ Una serie de larga duración: en el Mediodía de Francia, los más antiguos exvotos ilustrados se remontan al siglo XVI...los más recientes son de hoy, allí donde la anónima placa votiva de mármol no ha suplantado a la técnica tradicional. He aquí una fuente rica y pobre a la vez. Rica en la multiplicidad de sus explotaciones virtuales –de la historia de la civilización material o de la forma de vestir a la de la enfermedad y de la muerte, a la de las actitudes familiares, a la del sentimiento religioso adquirido por la vía del milagro obtenido, de la gracia recibida–. Pero ese documento resulta pobre: con mucha frecuencia, sólo es posible fecharlo si se incluye en amplios espacios cronológicos, si se inscribe con inercia sus ilustraciones en la muy larga duración de las representaciones que cambian poco. Tales fuentes resaltan la continuidad y consignan con retraso la innovación: del mismo modo, la imaginería popular reproduce con retraso, a todo lo largo de la edad clásica (y aun en el siglo XIX), la silueta estática del santo “en representación” de los retablos medievales del siglo XV. Un tiempo ensordecido, acolchado, sin rupturas ni desgarramientos bruscos: tal es la impresión o porque les falte la nitidez que da la transcripción escrita, sino como reflejo más directo de evoluciones lentas, que se inscriben de manera objetiva en un tiempo retardado. La estabilidad de los objetos en la civilización tradicional –la de la vivienda o el mobiliario–, confirma como un eco la sugerida por las representaciones de la iconografía. Lo válido para el documento ilustrado lo es *a fortiori* para el oral: constituye un tiempo muy peculiar el que hacen resurgir quienes, como Philippe Joutard,³⁷

36. Trabajos y publicaciones en curso de Bernard Cousin.

37. P. Joutard. *La Légende des Camisard, une sensibilité au passé*. Paris, Gallimard, 1977.



han emprendido a partir de la *investigación* directa, al estilo de los etnólogos, la tarea de restituir los elementos de la *memoria colectiva* acerca de un tema determinado. En Joutard se trata del recuerdo del enfrentamiento de la guerra de los *camisards*. Memoria empobrecedora, pero a la vez creadora; que asimila a veces en un mismo recuerdo elementos diversos, pero capaz también de enriquecer un recuerdo con estratificaciones sucesivas ante el contacto con la cultura escrita. Sin embargo, la investigación oral puede así poner al historiador –que ya no lo rechaza como ajeno a su objeto– en contacto con el tiempo del folclorista o del etnógrafo, ahora con la preocupación de poner el sello de la historia y fechar con la mayor precisión posible lo que permanece en una intemporalidad irritante, en esta duración tan esencial a la comprensión de las civilizaciones tradicionales.

Queda una impresión ambigua como resultado de esas lecturas del tiempo que dicta la diversificación de las fuentes. Más que la dificultad técnica de fechar con mayor precisión –tanto para la mayoría de las masas que han hecho la historia, como para una parte importante de lo que ha hecho su vida–, se tiene la impresión de haber captado ritmos y como respiraciones diferentes. Se comprende mejor que parte de la historiografía francesa, a partir de P. Chaunu y de F. Braudel, haya caído en la tentación de sustituir la expresión de historia cuantitativa –demasiado “económica”, sin duda– por la noción más acogedora de historia seriada, que supone la organización en el tiempo de las imágenes sucesivas proporcionadas por un mismo indicador, pero no obligatoriamente mensurables en su intensidad: series de visiones de la familia en las peticiones de dispensa de exilio; visiones de milagros según los exvotos; del más allá según los retablos del purgatorio; de los *gestos* de



rechazo o de la represión según los procedimientos judiciales: un ideal que, sin rechazar la cuantificación, se abre a los nuevos campos de la historia de las mentalidades, permitiéndole proseguir la aventura en la larga duración.

A través de esta nueva jurisprudencia, ¿aparecería una nueva lectura de los tiempos de la historia?

Los tiempos de larga duración

Para apreciar este cuestionamiento de los *tiempos* de la historia, será conveniente partir de lo tradicionalmente rechazado: el tiempo corto del acontecimiento de historia política o batalla tradicional: 1610 o 1815... Como es sabido, ése ya no le interesa a nadie (¿estamos bien seguros?). Conciérne sólo a una pequeña corteza superficial de la historia de los hombres: la verdadera historia, como la verdadera vida, está en otra parte. De acuerdo. Sobre el encadenamiento pobre de los acontecimientos históricos con sus casualidades lineales, la historia económica tuvo el inmenso mérito de superponer esta modulación en tres niveles: tiempo corto de la crisis, medio del interciclo, largo del movimiento de larga duración. Es operativa en su campo; pero la cuestión que sugería Braudel hace ya 20 años, al preguntarse si podía esperarse la transposición de este modelo de ensamblaje temporal a otros terrenos históricos, comenzando por la historia social, no ha recibido una respuesta clara. O más bien sí, al menos de hecho: parece que este esquema, demasiado mecánico, es poco útil para los practicantes de las historias lentas.

Los diferentes tiempos de la historia están entrelazados

Resulta, pues, que se ha emprendido el camino de una multiplicación de los tiempos, en espera de ese “entrelazamiento”



de los tiempos históricos de que habla Althusser. Tiempo de la historia económica, tiempo de la historia social, tiempo de la historia de las estructuras mentales: desigualmente rápidos... Cuando E. Labrousse hablaba de la historia de las resistencias al cambio, por descubrir en el campo de las mentalidades, suponía de manera implícita ritmos diferentes, conservando a la vez un flujo único progresivamente ensordecido, que iría desde la influencia inicial –de orden material o infraestructura– a las estructuras sociales conservadoras, para terminar en las prisiones de larga duración de lo mental... Esta lectura, referencia aún muy explícita a la dialéctica marxista de las infra y las superestructuras, ya no está de moda en el contexto de una historiografía dominante, en que se sonríe ante la idea de caer en el *Vulgar Marxism*, como dicen nuestros amigos americanos. En todo caso, se preferirá regresar –sin hacerlo explícito– a una lectura apenas menos simplista, la de la dialéctica entre el tiempo de las masas populares –inmóvil o casi – y el de las “élites”: nervioso, cambiante, creador: una corteza probablemente superficial, pero una buena corteza, la del pan que crece y de la historia que se mueve. Podría decirse que una buena parte de la escuela actual de los *Annales* en Francia refleja esta tensión, o quizá simplemente esta división de papeles: para unos (F. Furet, D. Richet), se trata de la inmovilidad de la historia etnográfica.

Pero es poco decir que los tiempos se han multiplicado: de hecho, cabalgan unos sobre otros, y éste resulta otro aspecto del entrelazamiento ya mencionado. Véase la *Historia de la muerte* de Philippe Ariès, en la cual en un mismo campo se estratifican duraciones diferentes, por decirlo así, como las tejas del techo; el tiempo inmóvil, “acrónico”, de la muerte domesticada y acogida de las antiguas sociedades, no ha pasado,



y se le puede ver resurgir tras la experiencia cotidiana. Pero las otras actitudes históricamente enraizadas: toma de conciencia egoísta de “mi muerte”, o su sublimación en la persona del objeto amado (tu muerte), esperan el moderno tabú sobre los muertos; y todo ello se entrelaza siguiendo parámetros geográficos, confesionales, sociales...individuales. Tras estas lecturas se perfila la idea de la independencia de los tiempos de una historia³⁸ “sinfónica”, cuando estos diferentes ritmos, por fin descifrados, se entremezclarían en un todo coherente o, por el contrario, tropezarían en sus divergencias: y quizás esa sería la “coyuntura”, reformulada en términos que desbordan evidentemente el estrecho campo económico.

¿Un inconsciente colectivo autónomo, motor de la historia?

¿Esta esperanza es aún ley para muchos de nuestros historiadores actuales? Se dirá que destaco el valor de Philippe Ariès, cuyo campo de investigación linda con el mío, y que merece ciertamente ese interés por la novedad y representatividad de su quehacer. Para él, con seguridad, una historia de larga duración –tan esencial como la de las actitudes colectivas ante la muerte– se mueve con una autonomía real, tanto respecto a las presiones de la demografía, de las estructuras como de las representaciones sociales e, incluso, aún más curiosamente, de las formas ideológicas –religiosas o filosóficas–. En la autonomía de un “inconsciente colectivo”, movido por su propia dialéctica interna, Ariès sigue los deslizamientos de larga duración que dan al fenómeno su respiración propia.

38. En su artículo de referencia, F. Braudel lo anunciaba, soñando aún con una historia.



¿Philippe Ariès, caso extremo y original? No lo creo. Tiene el gran mérito de expresar con claridad lo que a menudo queda sin formular por otros. Pero no sería difícil encontrar —en el campo hoy tan explorado de los historiadores de la familia, por ejemplo— una lectura en definitiva bastante cercana. Y tanto la etnología histórica como la historia de la civilización material, que se esfuerzan por introducir en su duración una respiración histórica más precisa, están más que tentadas de admitir la existencia de un tiempo muy largo y, sin dudas, específico...

Se ve a donde conduce todo esto, y lo resumiremos en dos temas por demás ligados entre sí. En primer lugar, a la historia, esta vez estrechamente inmóvil; luego, al cuestionamiento de la noción de cambio y de mutación brusca en historia: en una palabra, a la idea de revolución.

La primera perspectiva (no diremos el primer peligro) no escapó a Fernand Braudel, escribiendo, cierto es, cuando la presión conquistadora de las ciencias humanas se hacía muy fuerte. Podemos dejar a Pierre Vilar, quien vivió esta etapa, el cuidado de evocar con un humor muy discreto ese debate interior. “Braudel quería dejarse seducir. Esas novedades van en su sentido, el sentido de la resistencia al cambio. Pero él ama su profesión. Con el tiempo largo, el historiador está de acuerdo. Sin tiempo en absoluto, sólo le queda desaparecer...”³⁹ Salvado por un reflejo casi moral, por no decir corporativo, ¿Braudel exorcizó de manera definitiva la idea de un tiempo inmóvil, cuya expresión reaparece bajo su pluma? No lo parece, si se observa el provecho que le saca E. Le Roy Ladurie en su brillante discurso-programa de entrada al Collège de France (1975)

39. P. Vilar. “Historia marxista, historia en construcción”, en *Faire de l'histoire*. T. 1, p. 195. París, Gallimard.



bajo el título de “La historia inmóvil”. No hagamos decir al historiador del Languedoc otra cosa que lo que quiso decir: su historia no está fija definitivamente. Hay en ella amplias playas de inmovilidad: del siglo XIV, quizás, a inicios del XVIII, hasta 1720 sin duda; pero después las cosas cambian, y los indicadores seguidos –dominio del suelo, hábitat, producción, demografía, instrumental material y mental– despegan y se movilizan incontestablemente. Además, en el interior de la muy larga casi-estabilidad plurisecular, cuántas oscilaciones hay, a veces lentas, a menudo convulsas, alrededor de la media, trátase del flujo de los hombres, de las dimensiones de la familia o de las llamaradas de las revueltas populares. Pero si Le Roy Ladurie adapta así la noción de “estructura” braudeliiana, “probablemente una mezcla, una arquitectura, pero aún más una realidad que el tiempo gasta con dificultad y articula muy lentamente”, adoptando un compromiso que salva *in extremis* el movimiento de la historia, no es en absoluto dueño de un juego en el cual otros van más lejos que él.

¿Acaso hay –se había ya preguntado Braudel a partir de la reflexión etnográfica– invariables históricas, esos rasgos elementales del comportamiento que se perpetúan en una duración tan larga (véase, por ejemplo, el tabú sobre el incesto) que se pierden en una intemporalidad real, o en orígenes tan lejanos que es como si fueran intemporales? Y se arriesgan provocativos neologismos para expresar esas ideas: “gustemas”, “mitemas”... Se tiene la impresión de que los “mitemas” existen, de que se les ha visto antes, cuando uno se deja conducir por alguno de nuestros *antropólogos históricos*, como Claude Gaignebet en su ensayo sobre “el Carnaval”.⁴⁰ Estructura de

40. C. Gaignebet y M. Florentin. *Le Carnaval, essais de mythologie populaire*. Paris, Payot, 1974.



inversión, mecanismo oculto de las saturnales populares, desde la prehistoria a nuestros días, reemplendo o redescubriendo al servicio del mismo comportamiento catártico gestos, imágenes y actitudes viejos como el mundo, o al menos como esa antigua religión precristiana de los paganismos agrarios. ¡Tumulto, fiesta de locos, Valentín y osito, bailarines caricaturescos nos arrastran así en una farándula hasta los orígenes...y más allá! Ahí tienen, habría dicho Rabelais. Gestos o mitos en migajas, articulados por los siglos hasta el discurso de los folcloristas –pero a menudo, ¡en qué estado! – ¿proponen acaso las claves más secretas de los comportamientos o de estructuras formales, vacías de sentido y de contenido real?

Dejemos que los modernos Panurgos se gasten descifrando esas palabras o gestos inmóviles en los hielos antidiluvianos de la isla sonora: aprovechemos la oportunidad. Si al final del viaje llegan a ver, como Panurgo, “el hueco de la Sibila”, ¡que les aproveche!

El rechazo del acontecimiento

El complemento y, en especial, el reverso de esta inmersión en busca de los orígenes o de las constantes es –como anunciamos ya– el cuestionamiento no sólo del hecho tonto y malvado, sino de todo cambio brusco, de toda “mutación” en caliente (término que Braudel cuestiona, con toda razón). De esas estructuras tan bien cerradas y emperifolladas no se sabe muy bien cómo salir: y esta nueva historia corre el riesgo de quedar petrificada por el movimiento, como la otra lo estuvo por la lentitud. Admitiendo que el tema “una crisis, una revolución” remite a una lectura mecanicista de la casualidad histórica (pero esa lectura mecanicista no era la de un Labrousse, quien hacía notar con fingida ingenuidad que, si hay crisis decenales,



no hay revoluciones decenales), se ha hecho tentador, para una historiografía que no distingue el marxismo “vulgar” del marxismo propiamente dicho, el desembarazarse de manera definitiva –junto con el agua de baño– del muñecón fastidioso de la Revolución.

En un reciente coloquio acerca de los orígenes de la *Revolución Francesa*,⁴¹ fue posible en algún momento preguntarse, a partir de ciertas intervenciones, si ella había existido realmente. ¿La Revolución? Un mito, en su lectura tradicional de corte mayor de la historia moderna, que divide en dos los destinos nacionales; una “herencia ideológica” (F. Furet). Según F. Furet, D. Richet y sus discípulos (G. Chaussinand-Nogaret), quienes desarrollaron las nuevas lecturas del hecho revolucionario, la verdadera Revolución de las Luces, la formación de una “élite” que asociaba nobles y burgueses en la empresa que apenas se iniciaba de la modernización, está ya hecha antes de 1789; el acontecimiento mismo no hace más que perturbar las sanas perspectiva de lo que debía haber sido la historia con la intrusión incongruente y con olor a pasado de las masas populares, portadoras de una ideología superada. Los destinos de la sociedad francesa se desviaron por esa causa (un balón de oxígeno de más de un siglo para el pequeño campesino francés...) y, por eso mismo, el hecho histórico o la intrusión del tiempo corto, si no es fútil, más bien desentona en la lógica de la historia tal y como habría debido ser. Ése constituye el sentido de una lectura como la del “despegue” de la Revolución Francesa, propuesta por F. Furet y D. Richet, y que desató polémicas hace ya 15 años.

No reavivemos el fuego: no faltan ejemplos menos polémicos y, por tanto, menos sospechosos. Véase, para hablar

41. Ese coloquio tuvo lugar en Göttingen, en 1974.



de manera deliberada de las masas, un corte como el de la peste negra de 1348. En una lectura tradicional, se entendía que cortaba en dos el Medioevo, ascendiendo y luego declinando hasta el corazón del siglo XV. Y al final, una historia que no es antigua, y que fue metodológicamente de avanzada, dio valor al corte de hecho-traumatismo: Millard Meiss, al analizar la pintura florentina y sienesa de mediados del XIV, distinguía finamente los estigmas del traumatismo recibido en lo mental colectivo.⁴² Desde entonces, y sin entrar en detalles, se sabe que se corrió hacia atrás la peste negra, simplemente. El verdadero cambio se sitúa antes (1315 a veces, o, incluso, al final del siglo XIII); ella no rompe la demografía, sino la recurrencia cercana de las pestes ulteriores; en Italia, y a veces también en otras partes, la recuperación demográfica está viva y la gran depresión de fines del Medioevo no existe... Pero he aquí que, a fuerza de precisiones y de matices, la peste negra ya no existe: está prácticamente escamoteada en Philippe Ariès, quien no admite esas rupturas bruscas en un modelo de muy larga duración, y se las arregla como puede –creo que más mal que bien (véase “Huizinga y el tema macabro” y también *El hombre ante la muerte*⁴³) para asumir la incongruencia de lo macabro en el declinar del Medioevo.

¿No es más conveniente no “redescubrir” el hecho histórico, sino definir, en historia, una nueva dialéctica del tiempo corto y del tiempo largo?

42. M. Meiss. *Painting in Florence and Siena after the Black Death, Arts, Religion and Society in the Mid-Fourteenth*. Nueva York, Century, 1964.
43. P. Ariès. “Huizinga et les thèmes macabres”, en *Johann Huizinga, 1877-1972*. pp. 102-115. La Haya, Mouton 1973. *L'Homme devant la mort*. Paris, Le Seuil, 1977.



Una nueva dialéctica del tiempo corto y del tiempo largo

Es obligado constatar que hoy en día las vías del descubrimiento histórico no pasan sólo por las vías del tiempo largo. Paralelamente, emerge con insistencia una interrogación acerca del cambio bajo sus formas brutales o graduales: si también se pretenden seriar las etapas en ese plano, será conveniente partir del nuevo papel que se atribuye al hecho histórico en más de un lugar.

Cuando M. Crubellier, en 1965, introducía en el coloquio de historia social de Saint-Cloud una apología del hecho histórico, podría decirse, forzando la analogía, que era el defensor de una causa perdida.⁴⁴ Cuando 10 años después Pierre Nora, en la obra colectiva *Hacer historia*, anuncia el “regreso del hecho histórico”, es para hacer constar, como historiador del *presente*, la violencia y tenacidad del hecho puntual que se impone sin discusión, hipertrofiado sin duda por el énfasis que hacen en él los medios de comunicación, pero también perfecta ilustración del poder de la idea que se transforma en realidad material cuando penetra en las masas, según la célebre reflexión de Marx.⁴⁵ La “rehabilitación” de Pierre Nora, por convincente que sea, corre el riesgo de quedar ambigua, en cierta perspectiva. Si se toma superficialmente, en una lectura estrecha, podría verse en ella una de las variaciones acerca del viejo tema de la aceleración de la historia: en una época contemporánea –basta con fijar el punto de partida– puede apreciarse la movilidad, el nerviosismo que se inscribe en hechos, en períodos anteriores, las amplias playas de inmovilidad o de evolución lenta. A ese

44. *L'Histoire sociale, sources et méthodes*. Ed. Cit., p. 35 y ss.

45. *Faire de l'histoire*. T. 1, pp. 210-228. Ed. J. Le Goff y P. Nora. París, Gallimard, 1974.



nivel podría tener lugar un compromiso, tanto con el historiador de la historia inmóvil (E. Le Roy Ladurie: la historia comienza a moverse hacia 1720, tras cuatro siglos de oscilaciones alrededor de un nivel casi constante) como con el etnólogo: para Varagnac, como para los folcloristas, la sociedad tradicional, casi monolítica, rompe sus estructuras en una fecha reciente: 1870 o 1914-1919, poco importa; son fechas que actúan como referencias, a partir de las cuales se afirma la descomposición de un sistema muy antiguo.

Una investigación en la Francia del Oeste

Creo que hay que ir más allá de esta etapa, ya importante. Pues puede constatarse que, lejos de que el hecho histórico o (para evitar equívocos) la mutación brusca, sea un privilegio de una época muy contemporánea, toda una serie de investigaciones de los últimos 20 años han estado polarizadas por la dialéctica del tiempo corto y del tiempo largo, los juegos del acontecimiento y de la larga duración.

Se imponen algunos ejemplos, para ilustrar los diferentes procedimientos a través de los cuales ha operado esta historia problemática, buscando a menudo en una investigación regresiva la respuesta a sus interrogantes. De la estructura al acontecimiento, pasando por la larga duración: ésta es la tesis de Paul Bois sobre los “campesinos del Oeste”; del acontecimiento a la larga duración por las vías de la historia regresiva: puede encontrarse tanto en los trabajos de M. Agulhon como en mis investigaciones –trátese de la muerte o de la fiesta...–



La obra de Paul Bois,⁴⁶ aparecida en 1960, y cuya importancia metodológica se confirma desde entonces, abre una vía y presenta una demostración casi ejemplar. P. Bois parte, de un modo aparentemente muy clásico, del cuadro de un departamento de la Francia del Oeste, el Sarthe, a fines del siglo XIX. La situación que encuentra allí no tiene nada de inédita: refleja, a partir de las ideas recibidas del célebre *Cuadro de la Francia del Oeste* de A. Siegfried,⁴⁷ los rasgos del tiempo corto del sociólogo, que es, al mismo tiempo, el tiempo muy largo: entendamos esas realidades estructurales consideradas como herencias de larga duración; es decir, determinismos sin edad: el tipo de paisaje, el hábitat disperso, el doble dominio de la iglesia y el castillo... La investigación demuestra muy rápido al autor que esta historia resulta inmóvil sólo en apariencia.

Existe una frontera que corta en dos este *campesinado* –blanco o insurrecto realista en el Oeste, republicano en el Este–. A esta frontera, los test ya enumerados –el tipo de paisaje, el cura, el señor...– no ofrecen sobre el terreno ninguna explicación válida. El autor la busca en la historia, remontándose al episodio preciso en que ocurrió la fisura, es decir, bajo la Revolución Francesa; dos campesinados diferentes en sus estructuras y sobre todo en su dinamismo y agresividad, fijaron entonces de modo duradero sus opciones colectivas. Se siente, incluso a partir de este muy breve resumen, en qué sentido esta experimentación ejemplar es portadora de un mensaje rico y ambiguo. Por una parte, justifica la investigación de larga

46. P. Bois. *Paysans de l'Ouest, des structures économiques et sociales aux options politiques depuis l'époque révolutionnaire*. Paris-La Haya, Mouton, 1970. (Edición abreviada, Paris, 1971.)

47. A. Siegfried. *Tableau politique de la France de l'Ouest sous la III^e République*. Paris, A. Colin, 1913.



duración, la inmersión en el pasado más secular desde el cual se transmiten los rasgos de un comportamiento que perdura, con una inercia real hasta nuestros días, incluso cuando las condiciones iniciales han desaparecido. Un elemento de peso en el expediente de la “inercia de las estructuras mentales”. Pero, a la inversa, o a modo de complemento, el *tiempo* corto retoma toda su importancia: es el del traumatismo inicial, de la ruptura propiamente revolucionaria a partir de la cual, por largo tiempo, unos se convirtieron en insurrectos realistas (*chouans*) y los otros, en jacobinos, separados por una frontera que nuestras cédulas electorales actuales eternizan. ¿Tiempo corto o tiempo largo? Este arbitraje, que no es un compromiso burgués, que sitúa a cada uno en su lugar, exorciza al menos una de las formas de la muy larga duración: la de los viejos determinismos intemporales, para destacar lo que llamaremos, con P. Vilar, el tiempo “medianamente largo”: una expresión que no pretende ser elegante, pero que expresa quizás esta duración en la cual con seguridad el historiador se siente mejor.

Del hecho histórico a la larga duración

Sin duda, a P. Bois le faltó responder a una de las interrogantes que su investigación suscita: la de las modalidades mismas por las que se efectúa la transmisión de las actitudes, por no decir del mensaje. Leemos en su obra el punto de llegada, nos remontamos al punto de partida: entre los dos se sitúa, como otro problema, el trabajo de la memoria colectiva, consciente o no. Philippe Joutard, al intentar seguir, tanto en las huellas escritas como por la investigación oral directa hoy, los avatares de un recuerdo enraizado –otro hecho traumático,



pues se trata de la guerra de los *camisards*, en las Cévennes—,⁴⁸ aborda si se quiere por otro extremo una problemática indéctica, dando vuelta a los datos (él sabe de donde parte) y a los procedimientos de análisis; pero regresa al intentar sopesar en la duración el peso de un acontecimiento que expresó un giro esencial. Paul Bois partía de una *estructura*, y volvía a encontrar el acontecimiento... para redescubrir una estructura. Maurice Agulhon, en el conjunto muy articulado de sus investigaciones sobre la Provenza oriental, partía al parecer del hecho puntual de la sublevación provenzal del Mediodía, en 1851, en defensa de la República; o si se quiere, del surgimiento inesperado en esta provincia del Mediodía “rojo” —desde entonces permanente— en contraposición al Mediodía “blanco” de la primera mitad del siglo XIX. Una encuesta sociológica que profundiza en la sociedad de esas aldeas urbanizadas —de la cual sólo tomamos un aspecto, para simplificar— lo lleva a remontarse desde las *chambrées*— sociedades secretas republicanas— hasta las estructuras de la sociabilidad que va a investigar en el Antiguo Régimen, pasando por los clubes revolucionarios de la primera República, para descubrir en el siglo XVIII la densidad de las formas de asociación masculinas, de las cuales las fraternidades de Penitentes sólo son la expresión más espectacular. De hecho, esta estructura formal y estable cubre una movilidad real. En su obra maestra, *Penitentes y francmasones*, el autor demostró que, en la segunda mitad del siglo XVIII, las élites provenzales habían abandonado las fraternidades para reencontrarse en las logias masónicas, más adaptadas a sus nuevas aspiraciones. La dialéctica del tiempo corto y del tiempo largo se muestra aquí particularmente rica, pues a partir de una inmersión

48. P. Joutard. *La Légende des Camisards, une sensibilité au passé*. Paris, Gallimard, 1977.



regresiva en la (medianamente) larga duración, permite el redescubrimiento de una evolución lenta; la invariable, aquí, es quizás ese rasgo de “sociabilidad”, al cual el autor concede a la vez su importancia y sus límites como soporte formal de la historia que se mueve.⁴⁹

El procedimiento que apliqué al análisis del fenómeno de descristianización, desde la época clásica a la Revolución Francesa, no procede de una intención diferente. El hecho puntual inicial es la espectacular llamarada descristianizadora del año II, analizada y cartografiada en sus rasgos principales en todo el cuarto sureste de Francia. Constituye el prototipo mismo del acontecimiento, no sólo “patético”... sino escandaloso, hasta el punto que toda una historiografía ha querido ignorar este error de la historia. Al no encontrar en los determinismos del tiempo corto revolucionario –política general, iniciativas locales de los representantes en misión o de los clubes– la explicación necesaria para un mapa lleno de contrastes y estructuras, fue en la duración de un Siglo de las Luces ampliamente elaborado que seguí, a partir de un indicador precioso y rico –millares de testamentos provenzales–, el apogeo, luego el desmembramiento y, finalmente, el derrumbe del sistema de la práctica y de la religiosidad “barroca” en el Mediodía francés, y aprehendí ese vuelco que, a partir de los comportamientos ante la muerte, afectó hacia 1750 la sensibilidad colectiva.⁵⁰

49. M. Agulhon. *Vie sociale en Provence intérieure au lendemain de la révolution, Société des études robespierristes*. X París, 1971. *Pénitents et Franc-Maçons de l'ancienne Provence, essai sur la sociabilité méridionale*. Paris, Fayard, 1968.
50. M. Vovelle. *Piété baroque et Déchristianisation en Provence au XVIII^e siècle*. Paris, Le Seuil, 1978. *Religion et Révolution, la déchristianisation de l'an II*. Paris, Hachette, 1976.



El modelo experimentado en Provenza se reveló operativo, pero le faltaba la confirmación de una confrontación en otros lugares. Esto se logró con *La muerte en París*, fruto de las investigaciones de Pierre Chaunu y su equipo.⁵¹ Después, tomando el sistema de las pompas barrocas en su apogeo –hacia 1680–, no tuvimos más que seguir la curva descendente. La investigación parisina va mucho más lejos, mostrando cómo éste se instala, desde la segunda mitad del siglo XVI hasta el corazón del XVII. La noción de estructura, tal y como la manejan sobre el terreno tanto los historiadores sociales como los de la mentalidad, pierde así todo carácter rígido y monolítico, al expresar un reencuentro de rasgos que se organizan sin duda en un sistema coherente, pero en el ámbito de un equilibrio cuestionado sin cesar y de una respiración que es la de la historia.

¿Existe en historia la mutación?

Temería parecer ceder a cierta complacencia al desarrollar a partir de mis investigaciones otro ejemplo de este procedimiento dialéctico que une el tiempo corto y el tiempo largo. En definitiva, es una curiosidad similar la que me hizo analizar *Las Metamorfosis de la fiesta en Provenza de 1750 a 1820*,⁵² para traducir por lo claro el encuentro de un sistema festivo establecido, popular, profuso y viviente, “folclórico” antes de serlo, y la fiesta revolucionaria, nacional, cívica, que responde a un código completamente distinto. Entre ambas, ¿hubo contaminación, coexistencia o rechazo mutuo? El balance

51. P. Chaunu. *La Mort à Paris, XVI^e, XVII^e, XVIII^e siècles*. París, Fayard, 1978.

52. M. Vovelle. *Les Métamorphoses de la fête en Provence de 1750 à 1820*. París, Flammarion, 1976.



tiene matices. La fiesta revolucionaria brinda, en particular a nivel local, una oportunidad a una herencia festiva antigua y reprimida; vale decir, a la fiesta carnavalesca, que domina las grandes mascaradas del año II. Mi conclusión no se opone en absoluto a la de Mona Ozouf en su obra sobre *La fiesta revolucionaria*:⁵³ las liturgias revolucionarias, encrucijada del pasado y el porvenir, ven el surgimiento y la experimentación de una sacralidad nueva, que dominará las formas de religiosidad cívica y patriótica del siglo XIX. En este punto de la argumentación no puede evitarse la objeción que, con matices, había previsto F. Braudel en su artículo de referencia: valga la mutación brusca, el acontecimiento explosivo, pero, ¿es verdaderamente creador? ¿No se contenta con sancionar y expresar, si es necesario en formas exacerbadas, el balance de una evolución sorda y de larga duración? Un ensayo como el de Mona Ozouf, acerca de un aspecto preciso, responde en parte a esta pregunta. Pues, aparentemente, ¿hay fenómeno más incongruente, “sin pasado” y “sin porvenir”, como el Ser Supremo de la canción, que la fiesta revolucionaria? Y, sin embargo, hela aquí portadora del futuro, expresión privilegiada y densa de todo un discurso ideológico. Más allá del *acontecimiento* catalizador o simplemente eco, ¿hay, en caliente, una creatividad del instante? Regresa a mí el eco, más que académico, del debate que me opuso A. Soboul cuando presenté los primeros resultados de mi análisis sobre la descristianización del siglo XVIII, de larga duración. Me objetaba el historiador del jacobinismo los ejemplos de creatividad en caliente de la religiosidad revolucionaria: santos patriotas, mártires de la libertad, letanías del corazón de

53. M. Ozouf. *La Fête révolutionnaire, 1789-1799*. Paris, Gallimard, 1976.



Marat... manifestaciones todas que, aun sin futuro, sólo valen como curiosidades de un momento. ¿Quién tenía razón? Nadie, por supuesto, dejaba de tenerla.

Pero, al concluir provisionalmente mis reflexiones referentes a este problema esencial de la dialéctica del tiempo corto y de la larga duración, permítaseme, antes de cerrar la puerta a mis terrenos familiares, evocar una vieja conocida: la historia de la *muerte*. Buena prueba, si la hay, para esta historia de la larga duración, al ser la muerte una invariante ideal, dicho sea sin demasiado humor negro...Creo tocar una de las dificultades fundamentales del problema, cuando me irrito (¡amigablemente, que el autor me perdone!) al descubrir en Philippe Ariès esas largas playas de evolución sin tropiezos, sin incidentes. Del mismo modo que se escamotó el aspecto macabro del final del Medioevo, no tendríamos derecho al escalofrío del barroco, entre 1580 y 1630, ni tampoco al regreso de las ideas negras y de la poesía de las tumbas, en el crepúsculo de las Luces; en cuanto al viraje trágico de lo que se llama por antífrasis “*la belle époque*”, el autor escribió un día que lo macabro se convierte entonces en curiosidad para algunos artistas belgas o alemanes...!Una curiosidad, en la época de los simbolistas y decadentes, de Huysmans, Munich, Ibsen, D’Annunzio o Thomas Mann...!

A mí me golpea la importancia de esas grandes crisis de sensibilidad colectiva que no son en absoluto simples curiosidades literarias, y que marcan, de un modo rudo y paroxístico, el ritmo de las etapas de una historia de las sensibilidades que no tienen nada de inmóvil. La muerte no es aquí más que un ejemplo, o un elemento en un conjunto. En una reciente síntesis (*The Prerevolutionary Sensibility*) planteé la cuestión, al parecer ingenua: ¿qué pasó hacia 1750?



Pregunta muy vieja (se dirá que la historia literaria clásica la respondió hace largo tiempo) y, sin embargo, renovada por todos los acercamientos recientes de la historia seriada. Véase ese ramillete de curvas que regocijan por su variedad: ilegitimidad, concepciones prenupciales, delincuencia, solicitudes de misas o de ordenaciones... En la Francia de los años 1760, y no sólo para las élites, la visión del mundo cambió. Como en los cursos de acústica de nuestra infancia, se dibuja el ritmo de agudos y graves de las crisis en el sentido más vasto del término, que no constituye en absoluto el resultado de la aceleración contemporánea de la historia, ni tampoco, la espuma superficial de una historia en su conjunto inmóvil... Me parece que hay que redefinir esta dialéctica del tiempo corto y del tiempo largo: un ejercicio sin secretos para el historiador economista (o demógrafo), pero que debe enfrentar el investigador en los campos de la historia social y de las mentalidades. Una de las razones del bloqueo –provisional, sin duda– ¿no será la dificultad, entre los diferentes campos, de reencontrar la concordancia de los tiempos?

En el fondo del problema: la concordancia de los tiempos

A decir verdad, creo que dentro de poco el problema de la dialéctica entre el tiempo corto y el tiempo largo será superado y quedará históricamente fechado. Quizá fechado como cierto voluntarismo jacobino, y con seguridad fechado como cierto “revisionismo” bien propio de nuestra época, que deseó exorcizar la imagen “envejecida” (“herencia ideológica”, según F. Furet) de la Revolución: no habrá compromiso burgués, sino superación dialéctica. Por lo demás, si ese diálogo parecerá dentro de poco sólo un ejercicio de estilo, debe convenirse, ante



los ejemplos que acabamos de tratar, que habrá sido estimulante al permitir promover otro nivel de interrogantes.

Me parece que resultará mucho más difícil ponerse de acuerdo sobre lo que yo llamo, con algún facilismo, la “concordancia” de los tiempos, o si se quiere, según la expresión de Althusser, el “entrelazamiento de los tiempos”. Como Pierre Vilar, me siento aludido por la observación de Althusser –a la vez muy ligeramente formulada y, en el fondo, pertinente– acerca del retraso de la reflexión de los historiadores “empíricos”: “Los historiadores empiezan a hacerse preguntas. Pero se contentan con constatar que hay tiempos largos, medios, cortos y con señalar sus interferencias como resultado de sus encuentros y no como resultado del todo que los determina: el modo de producción...”.⁵⁴

La discreción, sin dudas culpable, de los historiadores, y singularmente de quienes se reclaman *marxistas*, viene quizás de que en la explosión actual de la ciencia histórica (“del sótano a la buhardilla”) se les encerró a menudo en la prisión (¡de larga duración!) de lo que se denomina marxismo vulgar, en el cual una dialéctica mecánica ataría las superestructuras ideológicas a la base. Esta lectura, fácil de refutar a media que el descubrimiento de los nuevos campos complica los tiempos de la historia, se facilitó quizá por la aprensión –hasta fecha reciente– de los historiadores marxistas en abordar este “tercer nivel” de la explicación histórica, reservado a especialistas más “conocedores”. Se aprecia en esta coyuntura historiográfica la clarividencia del llamado de Ernest Labrousse en 1965, en el cual invita a los historiadores a abordar este estudio del tercer nivel que estamos acostumbrados a llamar la “historia de las

54. P. Vilar. Ob. cit. En *Faire de l'histoire*, T. I, p. 187.



mentalidades”. Claro que en esta etapa, en la cual únicamente –o casi– la tesis de Paul Bois (*Campesinos del Oeste*) proponía la experimentación de una toma global, desde las estructuras socioeconómicas hasta las actitudes colectivas y de su dialéctica en el tiempo; ¿Labrousse sólo podía definir esa relación como la historia de las “resistencias” o de las “inercias”, lo que corre el riesgo de parecer hoy una lectura bastante pobre de los intercambios que suceden en el ámbito de lo que puede llamarse, como lo hace Althusse, el “todo sobredeterminante” del modo de producción?

La larga duración asume la especificada de la historia

Una vez más, Pierre Vilar nos recuerda que Marx –!menos dogmático de lo que se le presenta! – situó a los historiadores ante sus responsabilidades, al definir (no es, dice Vilar, estilísticamente “lo mejor de Marx”) el modo de producción como “iluminación general, éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que de él brotan”. Hay que convenir que esto marca en el interior de ese “todo sobredeterminante” una latitud cierta, pero imponiendo un deber real de precisión y de invención en el reconocimiento de los complejos nexos que unen jerárquicamente los diferentes niveles.

Las tentaciones están ahí. Para la historiografía que rechaza la hipoteca del método marxista, si ya no busca apenas la panacea universal de otro hilo conductor de la historia (en las minas del Perú, o en las manchas del sol), la facilidad puede resultar la de un tiempo largo que se empantanaría en una historia inmóvil, o una etnografía cada vez menos histórica, como puede resultar la de la multiplicidad (o especificidad) de los tiempos, en la cual cada historia marcharía a su gusto.



Tentación excitante: es la nave de los locos. Philippe Ariès hace mover sobre un colchón de aire la evolución de las actitudes ante la muerte, en función del dinamismo propio de un “inconsciente colectivo” que no se define de otra manera...

¡Que nadie se asuste! No deseo reemplazar la nave de los locos por un “Gran Encierro” de la cosecha en un contexto empobrecido. Por eso pienso que Pierre Chaunu (que me perdone por tomarlo tan paradójicamente de ejemplo), cuando adelanta la hipótesis de una evolución de larga duración de las actitudes ante la muerte como un “derivado de la esperanza de vida”, reduce con seguridad a una dimensión en exceso demográfica un fenómeno más complejo, que asocia inercias y creaciones fantasmagóricas. Para mí la solución, en este ramillete de tiempos de la historia, de las series de larga duración que ahora se nos ofrecen, consiste en establecer correlaciones, confrontar, jerarquizar... A ese precio, la larga duración, ese fruto objetivo del proceso metodológico, no será ni una trampa, ni un enmascaramiento, ni una abdicación, sino un medio de consolidar una aprehensión reforzada del tiempo de la historia.⁵⁵

Por lo demás, no hay mayores razones para el pesimismo: desde el artículo de Fernand Braudel, dijimos, ocurrió la invasión estructuralista y la historia no ha muerto en absoluto. Aún más, el temor que ese artículo reflejaba respecto a la dependencia de otras ciencias humanas cedió el paso a una seguridad real. La conciencia de esa “larga duración”, noción aún mal dominada, pero que hemos intentado analizar en sus aspectos ambiguos, no es quizás ajena a retomar el campo histórico en su especificidad.

55. *Ibidem*, p. 203.

